

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 399.

MADRID 4 DE MARZO DE 1844.

Segunda serie



LA PIEL DE ZAPA.

NOVELA DE BALZAC.

—Ved aquí, dijo con voz solemne y mostrando «la piel de zapa» el poder y el querer reunidos. Ved aquí vuestros deseos escesivos, vuestros desórdenes, vuestros placeres que asesinan, y vuestros dolores que prolongan la vida demasiado. Acaso el mal no es otra cosa que un placer violento en sumo grado ¿Quién sabe hasta qué punto el deleite es un mal ó es el mal un deleite? Las mas viva luces del mundo moral alhagan la vista, mientras que las mas dulces tinieblas del mundo físico la hieren ¿No emana del saber la sabiduría? ¿Y qué es la locura sino el exceso del querer, ó del poder?..

—Pues bien, sí, deseo saber, dijo el desconocido asiendo la piel do zapa.

—¡Jóven! exclamó el anciano con increíble presteza.

—Yo habia reducido mi vida á la meditacion y al estudio, mas no me han nutrido lo suficiente... No quiero ser juguete de una predicacion digna de Swendemborg, ni de vuestro amuleto oriental ó mas bien de los caritativos esfuerzos que haceis para retenerme en un mundo donde mi existencia es imposible. Veamos, añadió apretando el talisman con mano convulsiva y fijando en el viejo sus miradas. Ape- tezco un banquete de regia esplendidez, una bacanal digna del siglo en que, segun dicen todo está perfeccionado: que mis convidados sean jóvenes, sutiles, despreocupa- dos, y alegres hasta rayar en la locura; que se sucedan los vinos cada vez mas espumantes, y tan espirituosos que nos embriaguen por tres dias; que amenicen la fiesta fantásticas mugeres. En fin anhelo ver el desorden de la orgia delirante y fogoso en su carroza tirada por cuatro caballos, cuyo impetu nos arrastre mas allá

de los límites del mundo y nos vuelque en desconocidas playas. Anhelo que las al- mas se remonten á los cielos, ó se encenaguen en el lodo, pues no sé si entonces suben ó bajan... Poco me importa averiguarlo ahora. Mas exijo de ese peder si- niestro que me refunda todos los goces en uno solo, necesito abarcar todos los pla- ceres del cielo y de la tierra de una sola ojeada para morir en seguida. Ansio tam- bien, despues de apurar los vinos, lúbricas estrofas y cantares que dispierten has- ta á los difuntos, y triples besos, besos sin limites, cuyo estallido pase sobre Paris como chirrido de un incendio, y dispierte á los esposos y los inspire irresistible ar- dor que rejuvenezca hasta á los septuagenarios....

Resonó como un rugido del infierno una carcajada que brotó de la boca del anciano.

Interrumpido el jóven no acertó á seguir su perorata.

—¿Creis acaso, dijo el mercader, que se abran grietas en esa techumbre ó escotillones en el suelo que nos sustenta para dar paso á mesas suntuosamen- te servidas y á convidados del otro mundo? No, no, jóven aturdido... Habeis firmado el pacto y ya está dicho todo. Ahora quedarán satisfechas todas vues- tras voluntades, pero á costa de vuestra vida. El círculo de vuestros dias, fi- gurado por esa piel, enagenará segun la fuerza y el número de vuestros deseos desde el mas leve hasta el mas poderoso. El bracman á quien debo ese talis- man me esplicó al ofrecermele la misteriosa armonía que se operaba entre los deseos del poseor y sus destinos. Vuestro primer deseo es vulgar hasta lo su- mo, y poco me costaria realizarlo; mas dejo ese cuidado á los sucesos de vuestra nueva vida.... De todos modos ¿no estabais resuelto á daros la muerte? Lo mas que puede suceder es que se haya retardado vuestro suicidio.

Sorprendido y casi irritado el desconocido al verse de continuo espuesto á las burlas de aquel anciano, cuya intencion semi-filantropica le pareció clara- mente demostrada en su última frase, le dijo:

—Veré, caballero, si mi fortuna cambia en el tiempo que emplee en cru- zar la anchura del muelle.... ó mas bien para averiguar si haceis mofa de un in- fortunado, deseo que os enamoreis perdidamente de una bailarina y la prodig- areis todos los bienes que con tanta filosofía habeis acumulado.

Al decir estas palabras salió del aposento sin oír un suspiro que tal vez lan- zó el anciano. Atravesó los salones y descendió las escaleras de aquel edificio, siguiendole el robusto mancebo y procurando alumbra- rle inútilmente, pues corria con la ligereza de un ladron cogido con la masa en las manos.

Ciego en su delicia, ni aun reparó siquiera en la increíble ductilidad de la piel que se volvió flexible como un guante, se arrolló entre sus dedos y pudo en- trar en el bolsillo de su frac, donde se la metió maquinalmente.

X.

Al lanzarse desde la puerta del almacen á la calzada del muelle tropezó con dos ó tres personas que halló al paso.

—¡Bestia!

—¡Imbecil!

Tales fueron las graciosas interpretaciones con que se obsequiaron.

—¡Calla!... ¡Es Rafael!

—¡Gracias á Dios que te encontramos!

—¡Ola, sois vosotros!

Estas tres amistosas frases sucedieron á la injuria, tan luego como la claridad de un farol balanceado por el viento hirió los rostros de aquel asombrado grupo.

—Querido amigo, le dijo á Rafael el jóven que estuvo á pique de medir el sue- lo con las costillas, vas á venir con nosotros.

—¿De que se trata?

—Síguenos y te lo contaré por el camino,

Y de buen ó mal grado se vió Rafael rodeado por sus amigos, quienes habién- dolo encadenado en sus brazos le llevaron en su compañía hácia el Puente de las Artes.

(Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

TEATRO DEL PRINCIPE.

Funcion extraordinaria del sábado 2 de marzo.

Las funciones de piezas sueltas y las obras por suscripcion, están bastante desacreditadas á los ojos del público; así que cuesta gran trabajo engalanarle para ambas cosas. Antes de anoche sin embargo tuvo el Principe una buena entrada, y á fé que hubiese sido mayor, á saber los aficionados que la pieza nueva titulada: «¿Cuando se acaba el amor?» iba á ser desempeñada por el señor Romea [el bueno] y las señoras Lamadrid y Llorente.

El pensamiento de la comedia es sumamente original, muy verosimil y está escrito con ligereza é inteligencia escénica. Un teniente de Marina, que vuelve al lado de su esposa al cabo de cinco años de andar cruzando los ma- res es todo el asunto de la pieza.

La jóven esposa, vive con una tia suya en un pueblo de provincia, y momen- tos antes de llegar el marino estan admirando su elegancia y su finura en un retrato tísico y escuálido que tienen á la vista. Entra Julio el marino, abraza á su tia que no le conoce porque viene robusto y coloradote; cree la buena señora que el

marino no querrá comer con la alegría, y le manda sacar un poco de leche, en la misma taza que usaba hace cinco años. Aquí ya conoce Julio todo lo crítico de su posición y á escondidas se atraca de chuletas y de rom. Presentarle á su esposa que se hace cruces de verle tan robusto, y empieza á interrogarle sobre todas las tonterías que hacían en los primeros meses de su amor; hablaba de la cabrita blanca, de la negra, del rosálito enfermo, de los frutales, de los tiestos y en fin el interrogatorio se va convirtiendo en un «dilio.» Obligale á tomar un bastidor para ver si se acuerda de bordar al cañamazo como antiguamente, y le hace sentar en el suelo hasta que este se avergüenza y toma un sillón, para llamar en su auxilio el sueño. Su esposa se pone al piano, le pregunta si quiere que toque aquel vals favorito, y Julio dice que sí, y se queda dormido con la música del Guillermo Tell, la jóven pierde la paciencia le llama ingrato, pérfido, y regañan por fin, porque el marido conoce que es imposible vivir mas tiempo entre tantas ridiculeces. Manda poner los caballos de posta y á las voces entra la tia, llamándole perjuro, gordillon tudesco y bodigo; á Julio le es imposible entenderse con la vieja y llama á su esposa para hacer las particiones amistosamente. En esta escena tiene lugar el contraste mas bello y mas delicado que se puede imaginar; el marino se manifiesta generoso cediendo á su muger las mejores fincas que poseen, y la habla por incidencia de la vida que habia pensado tener con ella, pasando los inviernos en Madrid ó en París y los veranos en Italia y en el campo.

La jóven está bordando y Julio distraido, la dice:—Señora, este color, cosa mejor, á mi juicio—Ella le da las gracias, y viendole jugar con la pipa sin atreverse á fumar, le enciende un fosforo... y concluyen por irse aproximando hasta quedarse amigos de nuevo sin las ridiculeces, que pasan en la sociedad por otras tantas pruebas de amor.

Pero esta comedia solo se comprende cuando se ve su representacion, allí es donde luce toda la fuerza del contraste; allí se ven esos extremos ridiculos de los enamorados, y la vergüenza que causa su recuerdo cuando la razon y la esperiencia suceden al delirio febril de las pasiones.

La ejecucion fué de lo mejor que hemos visto en esa clase de comedia, el señor Romea estuvo sublime, la señora Lamadrid habia comprendido bien su parte y la señora Llorente haciendo de tia, y diciendo: «Jesus! me requemo» figurense Vds. como estaria.

«Las gracias de Gedeon» que se anunciaron sin pretensiones de ningun género, hicieron reir á una cierta parte de ese público cándido, que se rie de todo, y que tiene cierto instinto para conocer los sainetes aunque se los den bajo el título de piezas-cómicas.

«Las gracias de Gedeon» son pocas, las barbaridades [en castellano] son muchas; pero el público se rie y vamos andando.

La traduccion de estas piezas está hecha con esmero, por nuestro amigo don Ramon Navarrete.

TEATRO DEL CIRCO.

BENEFICIO DE D. CELESTINO SALVATORI.

Segun estaba anunciado tuvo lugar la noche del sábado el beneficio del señor Salvatori: como saben nuestros lectores, consistia este en el segundo acto del «Belisario», el acto tercero del «Moisés», y el primero del «Furioso.» Con tan escogida funcion, la entrada no podia menos de ser general á pesar de ser nueva la que en el teatro del Príncipe se ejecutaba, si bien el mérito de esta no consistia mas que en el que pueden tener unas traducciones simples. Efectivamente, ni una sola localidad se encontraba desocupada, y no podia ser otra cosa cuando se trataba de dar una corta muestra de aprecio al magnífico cantante, al insigne actor, justamente mimado de todos los aficionados de la corte.

En el segundo acto del «Belisario» le admiramos por la centésima vez; allí compadecimos al anciano desgraciado, al pobre y desvalido ciego; allí tomamos ejemplo de lo que puede la resignacion en la desgracia y aplaudimos llenos de conmocion al que con tan sentidos lamentos sabia hacerse lugar en nuestro corazon y lástima y compasion y hasta lágrimas arrancar de nuestros ojos; de que manera tan espresiva reconoce á su querida hija! ¡Cómo se olvida de la resignacion cuando se encuentra con que no puede verla. Y cómo con las manos intenta en vano suplir la falta de la vista! El público no pudo menos de aplaudir entusiasmado una escena tan tierna, tan llena de vida y un grito de lástima se dejó oír, cuando reclinando el anciano la cabeza sobre la de su hija, se le ve estar descansando del peso de la desgracia. Aquel cuadro es el cuadro mas patético que puede presentarse en la escena.

La señorita Gariboldi hizo cuanto pudo en el papel de hija, ó hizo bastante, contribuyendo tambien en lo posible el señor Carrion que desempeñaba la parte de tenor. Este cantante puede adelantar mucho, vistas las buenas facultades que presenta y lo bien que se maneja en las tablas.

El acto tercero del Moisés, lo pasaremos por alto: solo diremos que el público dejó oír el final, á todos los que no se taparon los oídos. Luego dirán que el público madrileño no es fino para los que desafinan; pero tanto suele ir el cántaro á la fuente... etc. Esto no pasa de un aviso amistoso á la empresa.

Llegó por fin lo que el público esperaba con impaciencia; el primer acto del Furioso; y dicho sea en obsequio de la verdad, fué lo que mejor y mas completamente se ejecutó por todas las partes. El señor Salvatori estuvo divino: á nosotros nos faltan espresiones con que poder calificar su mérito; y asi como no puede darse razon del gusto de una cosa á quien nunca la ha comido, sino con decirle que la pruebe, del mismo modo diremos á todos los que esto lean: el que no haya visto el Furioso, sepa que merece la pena de ver en él á Salvatori.

El público le llamó despues de terminada la funcion á la escena, con un entusiasmo inesplicable, y en ella se presentó redeado de sus compañeros á recibir los aplausos que dándose al mérito debe suponerse cómo serian.

Reciba, pues, nuestra cordial enhorabuena.

J. PEREZ CALVO.

EL CADISTA GALLEGO.

Los «oficiales» de correos abren la ventana de un humor que Dios me libre; y forma círculo la hueste invasora, hablando sin concierto, y acompañando á las palabras el mas repulido y vigoroso lenguaje de accion, que nada mejor se le puede pedir. Hay hombre que sacude en alto su sombrero con honores de paraguas, para que sea el preferido, y muger que se deja caer con la mayor candidez del mundo «la caravela» para armar barullo, y colarse hasta tocar con los hierros de la ventana. Dé afuera cien voces á la vez, que pareciendose á uno de los caprichosos coros de la «Beatrice di tenda», dicen: mire Vd. á Juana Rodriguez, á Antonia Fernandez, á Francisca Sergude, á Ana

Carral, á Maria Portela, al señor abad de «dos Angeles», á doña Rosenda Carbon... y echen Vds. nombres y nombres. Desde adentro dos voces desesperadas que forman un duo como el celebrado de «Marino Faliero.»—Paciencia: ¿no ven Vds. que no tenemos veinte manos? Habrá brutalidad mayor?...

Pero quede en el mayor calor esta poliglota peticion [1] y seguiré con el lector á una rubia aldeana, que alegre por demas y sin faltarle mucho para bailar en medio de la calle, se separa de este círculo abrasador, besando una cosa parecida á carta, de color de pergamino viejo y mas ancha que larga, como rejilla de locutorio. Acompañan á esta graciosa muchacha una anciana, buena muger por cierto, con dos lagrimones en los ojos, que da compasion, uno ó dos «mozos» que desean saber las noticias de Cádiz, un rapazuco que apenas sabe andar, y gasta ya «cirolas» blancas y chalequillo encarnado, y el «Tustó» [cuidado con tratarle mal], que es el perro de casa, el cual ni á oler se atreve, porque no le gustan mucho «las ceremonias» de la ciudad. La bella rubia abre la carta, y despues de leerla dos ó tres veces por lo bajo vuelve á hacerlo en alta voz, para que sepan todos lo bueno que es su Benito y lo mal que corren los tiempos. Atencion, lector benévolo, que he robado á la bella rubia esta carta, y he aqui su contenido desde cruz á fecha, sin perdonar el sobre, escrito en renglones como versos, y el cual viene á ser el prólogo, la introduccion de esta última entrega del Centon epistolar del siempre tierno y siempre contento Benito.

«A Francisca de Castro de Benito Varela; VeZiña de San JulYan de Sales. «Santiago, San JulYan de SaLes ó á donde se hallaRe, S. M. Con P.P. A.» [2]

Desdoblare la carta, que viene cerrada «de corazon» y soltando la arena que recaudó en sus líneas tortuosas, la descifraré cual si fuese una escritura de codice membranaceo.

†
Cadis 8 de Agosto de 1843.

«Querida Francisca de Castro: quera Dios que Al Resivo de estas quatro letras (mal formadas te alles con una prefeta, salud que la Mia, por aora es guena; á Dios «gracias caro me costó, pero a Cuesta de Tiempo y medeCinas me vine á meJor. «Espoza mia: las novedades de esta son moy malaS, que muere mucha gente, y la «MuerTe de tu Cormano, no te la quieRo deCir por no darte un Sentimiento. En la «carTa anterior, estás, espoza mia, te dezia que tenjo todo prepaRao para marchar-me, el gueVes prozimo embarCaré para la Tierra, porque Deseo verte, y el meño «estará crescido. El veinte tres, espoza mia, embarcaré, que por Tierra no hay em- «Barcaciones y no te llevaré lo que quisiera, como ha de Zer. porque los tiempos «están Nublaoz. A tu Herman le Ha rompido a Dios Grazias el lobillo de la cabeza, «mandandote maMorias, y hasta la Vista, que ya sabes no es de nadie Sino Tuyo, «tu espozo que te quiere y queRá»

BENITO VARELA DE FARRUCA CASTRO

P. D. «Non me dijeste como son los Frutos de la Tierra, i si saNó el poldrito «nuevo. Cando llegue, vendrAs á espe Rarme á SantiaGo MeMorias á los amigos. «á la Tia AnTonia.»

¿Quién escribe esta carta? Me preguntará el lector, y responderé á ello, que es el cadista, pues tiene un olor á andaluz que trasciende de cien leguas, y su completo baturrillo prueba á las claras, que el autor es un famosísimo refundidor de dialectos. ¿Y quién es este cadista? Porque es tiempo de que nos lo diga Vd. una vez que hemos tenido paciencia para concluir la chistosísima carta de su heroe.

[Continuará.]

[1] A estas horas es un imposible el sacar alguna carta de «la tablilla.» Prueba inequívoca de que la invencion de «las listas» no está en consonancia con el siglo XIX. [Pensamiento de un folleto inédito que ha escrito con prolijo cuidado el mas aguzado CARTERO.]

[2] Estas abreviaturas querrán decir: «Su mano, con porte pago adelantado. El P. Migueles ha cometido el crimen imperdonable de no poner en su «Paleografía» estas cifras epistolares de nuestros paisanos. Está visto que no hay en el mundo literario una obra completa.



TEATROS.

De la Cruz.

A las siete de la noche: La comedia nueva en cinco actos, titulada: MAC-ALLAN O LA DICHA EN LA DESDICHA. Intermedio de baile nacional. Terminará el espectáculo con el sainete titulado: LAS DUEÑAS EN FALSO.

Del Principe.

A las siete de la noche: La comedia en un acto y en verso, titulada: PASCUAL Y CARRANZA. A continuacion la comedia nueva, en un acto, titulada: CUANDO SE ACABA EL AMOR... Bolerías nuevas. Seguirá el juguete cómico en un acto, titulado: LAS GRACIAS DE GEDEON. Terminará el espectáculo con baile nacional á cuatro.

Del Circo.

A las siete y media de la noche: Ultima representacion del LAGO DE LAS HADAS gran bailes fantástico en dos actos.

NOTA. A la mayor brevedad se pondrá en escena á beneficio del señor Ferranti el baile fantástico, LA ISLA DEL AMOR, en el que la señora Guy Stephan y el beneficiado desempeñarán los primeros papeles.

IMPRENTA DE BOIX.